

DELINCUENCIA JUVENIL

POR

J. GIL MORENO DE MORA.

Las medidas gubernativas que según rumores se están montando para la represión de la delincuencia juvenil son, sin duda alguna, muy meritorias y convenientes, pero esperar de ellas el final de esa clase de delincuencia es también demasiado, porque este tipo de acción represiva no puede actuar sobre las causas profundas sino sobre las más superficiales.

La delincuencia juvenil es un hecho y su crecimiento fulminante en los primeros meses de 1973 ha asustado con sobrada razón a nuestras autoridades, tanto más que esta clase de delinquentes inexpertos no profesionales pierden la serenidad y matan en circunstancias que un verdadero «profesional» resolvería sin apretar el gatillo, y por ello sus daños son más brutales. Además, es frecuente que los delinquentes juveniles procedan no de los barrios bajos ni del hampa, sino de clases sociales influyentes y de ambientes acomodados, tratándose a menudo de hijos de personas respetables y de cargos públicos.

Las causas superficiales de esta delincuencia, como son las drogas, el alcohol, el juego, los vicios, el sexo, etc., no pueden reclutar su clientela sin la existencia de otras más profundas, cual lo revela el contenido ideológico de muchas de esas bandas; y los medios gubernativos por loables que sean sólo pueden reprimir por oleadas y temporalmente las causas que llamamos superficiales; reprimirán la prostitución pública pero surgirá otra prostitución privada; se desmantelarán algunas redes de drogas o de acción política que reaparecerán bajo otra forma; se llenarán las comisarias de muchachos alcoholizados y embrutecidos por cualquier sistema, pero no se podrá impedir que sigan embruteciéndose, porque este tipo de medidas represivas

no suprimirá el deseo de embrutecerse y la delincuencia se perfeccionará en la medida que se perfeccione su represión.

¿Qué causas empujan la juventud a la droga, a la violencia, a la aventura delictiva? ¿Qué motivos internos inclinan al chico o a la muchacha hacia la corrupción? Las respuestas que puedan darse a estas preguntas nos proporcionarían el indicio de los verdaderos caminos a seguir para hallar los verdaderos remedios; y la más elemental honradez por parte no sólo de las autoridades sino de todos los responsables de la Nación en todos los niveles, les debe obligar a prestar la máxima atención si su afán de servicio es auténtico (en la certeza que esto afecta a carne de su propia carne porque sus propios hijos serán afectados), hacia el estudio de las causas que llamamos profundas y hacia los remedios que sensatamente exijan.

Hay en la juventud delincuente (y en buena parte de la que no ha delinquido abiertamente todavía) una actitud amarga de rebeldía que no debe ser interpretada erróneamente. No es la simple reacción natural del joven ante las generaciones anteriores, que ha existido a lo largo de todos los siglos, en un sano afán de emulación y de verdadera superación necesario en la vida de las sociedades. Los jóvenes a quienes sólo mueven estas reacciones naturales ni se hacen por ello delinquentes, ni llegan a la actitud llamada «contestataria». Sus relaciones con las generaciones anteriores, sin perder la emulación, no dejan de ser cordiales porque no se creen ser mejores sino sólo aspiran a serlo, con lo cual no sólo no pierden su aprecio hacia lo que anteriormente fue hecho sino que se apoyan en ello buscando mejorarlo.

Muy al contrario la actitud «contestataria» no sólo carece de cordialidad alguna sino que a menudo se tiñe de odio y fuerte desprecio hacia todo lo anterior, por lo que es general en ella el poner como condición previa a todo progreso, la de destruir cuanto hicieron los «viejos» concluyendo en filosofías nihilistas que quieren partir del cero. La expresión «contestatario» produce confusión en la lengua española, pues es de origen francés, no guardando relación alguna con nuestra acepción clásica de «contestar-responder», porque en francés «contester» siempre ha tenido el muy diferente significado de oponerse, ir contra el texto, protestar, por lo que el verdadero sig-

nificado de la palabra «contestatorio» es el de miembro de una oposición radical y ahora empapada de violencia.

Esta actitud contestataria está presente en todos los grupos e individuos de la delincuencia juvenil en una u otra forma y se puede afirmar que el acto delictivo es realizado como un acto de oposición a algo, a la sociedad, como una protesta efectiva y casi testimonial. Es, pues, cosa de ver qué causas han inducido a buena parte de la juventud a transformar el natural afán de emulación de los mayores en este nuevo deseo de destruirlos y con ellos su obra.

En primer lugar se percibe en el joven contestatario una amarga desilusión hacia el mundo en el que vive y la violencia nace de su profundo íntimo deseo de recobrar una ilusión por la que valga la pena no sólo vivir sino dar la vida; porque todo joven es alguien que se hizo un proyecto hermoso de futuro con grandes acciones por cosas grandes, y todo hombre deja de ser joven cuando deja de tener estos proyectos; así, pues, en el fondo de estas reacciones violentas está el hecho de que una sociedad defraudadora de ilusiones, exigiendo al joven que sea prematuramente viejo, resignado y sin proyectos, le empuja a intentar salvar su juventud por el medio que sea. Y por desgracia, en estas circunstancias el joven desorientado se envejece a sí mismo en la amargura de su reacción y no consigue lo que íntimamente desea. Una sociedad que le dice al joven: «no tienes que ser distinto a los demás, sé dócil y vegeta en lo que te exigimos, los grandes ideales no tienen sentido, hay que ser práctico, el romanticismo no sirve para nada, adócénate, resígnate a ser un buen militante anónimo, uno del montón ...» es la primera responsable de las naturales reacciones de la personalidad aplastada por esta predicación masiva de la mediocridad.

Toda desilusión es ostensiblemente una pérdida de fe en algo en lo cual se había creído antes. Creer en algo trae consigo esperar para el futuro y la desilusión es amarga porque es el despojo de la esperanza que se había puesto. Si la pérdida de las esperanzas produce en el viejo una triste resignación es porque ya no se siente tener las fuerzas necesarias para luchar defendiéndolas. Pero el joven, siempre dispuesto a sobrevalorar las fuerzas de que dispone, reacciona con rebeldía porque no se resigna fácilmente a vivir los muchos años

que le quedan por delante sin esperanza; y en todas estas rebeliones, por absurdas que parezcan, obscuramente se esconde el hecho de no haber renunciado a recobrar una ilusión. Cuando el joven, por alguna causa suprema, renuncia a toda ilusión, se suicida en una u otra de las formas más o menos intensas de suicidio que la moderna técnica pone a su alcance. Suicidio de la velocidad, de las drogas, del alcohol, suicidios sociales del que se une a la prostituta o comete villanías contra las convenciones, suicidio que va desde todas las corrupciones voluntariamente abrazadas hasta la muerte. Y aquí es donde la delincuencia se encadena en el proceso fatal ofreciendo la más variada gama de suicidios posibles y el delito es siempre para el joven una forma más o menos consciente de suicidio más o menos intenso realizado por no ver posibilidad de recobrar la ilusión perdida. Y ciertas de estas modalidades de suicidio, sobre todo los actos delictivos existenciales que proporcionan un beneficio material inmediato, revelan que el joven aun entreviendo una posibilidad de ideales y de ilusión, no ve posibilidad de obtenerlos en el tiempo y el espacio que están a su alcance, por lo que se vuelve existencialista y vive al día sin mirar al futuro, lo cual es envejecer.

La desilusión realmente encuentra en nuestra civilización occidental de hoy abundantes motivos para extenderse cada vez que ese niño creciendo que es el joven, se ve inducido a perder la fe en alguna cosa que había creído con fuerza. Demasiadas veces se ha atribuido simplistamente esta caída de la fe a la caída de tabúes irracionales que por serlo debían caer. No ha cambiado la naturaleza ni la inteligencia humana en pocos años, y no es lícito explicar con este razonamiento la conmoción actual cuando cientos de generaciones de jóvenes que vivieron con tabúes más fuertes y más irracionales que los de nuestras épocas se desarrollaron sin grave problema, como lo registra la Historia.

El «progreso», también invocado con frecuencia, tampoco explica la caída de la fe general, porque el auténtico progreso que significa avance de algo que estaba en un punto más atrás, jamás pidió como condición previa la destrucción de ese algo. Y no digamos la sobada «evolución» que se emplea como palabra clave y tampoco explica nada, porque la auténtica evolución de las cosas no cambia la natu-

raleza de estas cosas, como Pedro después de terminar sus estudios no ha dejado de ser el mismo Pedro que los comenzó aunque haya evolucionado.

Ni siquiera otra palabra que modernamente ha cambiado de significado en castellano, me refiero a la palabra «superado» con la que se ha querido traducir el término francés «depassé», que en sentido figurado significa deshechable, inútil (porque un prurito de moda en deseo de último grito desvaloriza todo lo anterior), sirve a explicar el conflicto. La palabra francesa implica una reacción filosófica que por encontrar un árbol más alto en un bosque exigiría se arrasaran los demás que son menores. La verdadera acepción de la palabra «superación» española puede engendrar un estímulo competitivo para que los árboles menores se igualen al mayor, pero consciente de que algo mayor en ningún modo anula el valor de lo menor.

Sin embargo, en el concepto de valor, se encuentra una de las verdaderas claves de la crisis actual de la juventud, pues la misma idea de valor se encadena a la de relación de las cosas entre sí, o sea, a la idea de una escala de valores. La desilusión y la caída de la fe son siempre consecuencia de la desaparición o extinción del valor atribuido a una cosa. Es obvio que las desilusiones actuales derivan de las alteraciones, trastornos y desórdenes sufridos por las escalas de valores. Son desilusiones parciales cuando las escalas de valores son modificadas y cambian el ordenamiento de las valoraciones, pero en este caso el daño es limitado, porque cada cosa sigue teniendo un cierto valor y una relación con las demás. Son desilusiones totales en cambio las que se producen cuando estallando las escalas conocidas y no siendo substituidas por ninguna otra, dejan los valores de las cosas flotando en el espacio sin relación entre sí. Si se produce en la humanidad un estado de cambio vertiginoso y continuo, por una aceleración irrefrenable de cuanto sea movimiento, formándose un proceso desordenado y permanente, no queda tiempo material de colocar los nuevos valores en lugar alguno, por lo que sobrenadan como la espuma en un torbellino dentro del cual todos los valores han perdido la sedimentación propia de su peso específico. Entonces, en el «brassage» resultante, las cosas flotan al azar sin relación entre sí y quedan indefensas al albur de pescadores de aguas turbias y se pro-

ducen impulsos incontrolables, cuales pueden ser las acciones de grupos de presión, o de medios de comunicación y publicidad que separan la idea de las cosas de lo que las cosas realmente son e instalan con ello una subjetividad perpetua y móvil como única norma, con lo que al concepto de escala de valores se substituye el de cotización en bolsa o mercado.

El joven es por ley natural e íntimo impulso un ser curioso por excelencia y esa curiosidad no es otra cosa que el deseo de conocer lo que las cosas son para adquirir seguridad en la vida, porque en un mundo que siente el niño hostil y peligroso, lo desconocido es una amenaza para el instinto de la seguridad que se necesita para seguir viviendo. Es sabido de los psicólogos que algo desconocido produce inmediatamente sensación de inseguridad y miedo *a priori*, terminando en angustia *a posteriori*. Cuando los mayores emprenden una ruptura continua y desordenada de toda la escala de valores, el joven y el niño viendo despreciar hoy lo que ayer vio apreciar, no puede relacionar el valor de las cosas entre sí y reacciona pensando en la idea de Mentira. Le han mentido, le siguen mintiendo, le mentarán siempre, todo es falso ... La inseguridad resultante provoca la angustia, la duda perpetua, y al fin en tensión insostenible llega el cansancio, la amarga desilusión, la renuncia a los valores que no tienen orden entre sí y cae la fe arrastrando la esperanza y hasta el deseo de amar.

En todas las épocas ha habido una pequeña proporción de este proceso debido a que siempre el hombre ha sobrevalorado subjetivamente ciertas cosas que luego forzosamente el tiempo reintegra a su verdadero valor, aproximándolo al valor absoluto como el poder nutritivo y la calidad de un alimento concluyen atrayendo las valoraciones subjetivas o circunstanciales que haya podido sufrir. Y también se produce naturalmente una proporción de este proceso porque siempre los hombres están sujetos a error en sus apreciaciones y la corrección del error supone a menudo pequeñas desilusiones. Pero como antes dijimos, esto fue siempre parcial en otros tiempos y respondió a reajustes de la escala de valores, no a su estallido. Por ello no se producían los daños que hoy conocemos. Es curioso que los tiempos difíciles han correspondido generalmente a aproximaciones de los valores atribuidos a las cosas hacia los valores reales, mientras que

las épocas de bienestar suelen subjetivizar los valores con mayor intensidad, y es que en los Capúas de la Historia, la sobrevaloración de lo horizontal y material coincide con una infravaloración de lo vertical espiritual y en ellas los gobiernos y personas responsables en las naciones, no pudiendo atreverse a declarar oficialmente la desvalorización de lo vertical, suelen respetarlo aparentemente en abstracta teoría verbal mientras que en la práctica concreta los arrasan con hechos públicos y privados que prescinden de toda moral o espiritualidad. En estos casos, inconsecuencias cada vez más ostensibles entre los dichos y los hechos afirman en el joven la consciencia de la Mentira general y las convenciones de tipo vertical quedan reducidas a convencionalismos sin mayor sentido, que acabará repudiando y acusando de hipocresía. Si en las escalas subsistentes algunos valores conservan cierto puesto honorífico concedido por el pensamiento oficial, no conservan ninguna en la vida práctica, porque los mismos niveles oficiales son los primeros en anularlos disfrazando las conveniencias existenciales de los grupos de presión bajo la capa siempre a mano de bien común y de mal menor. Sea ejemplo de lo dicho el que todos los estados actuales reprimen teóricamente la falta de honradez, pero toleran que en las compras oficiales muchos miembros de la administración cobren sustanciosas comisiones perfectamente inmorales, contra las cuales no hay represión alguna.

La carencia de escala de valores en el momento de flotación desordenada rompe en la inteligencia el concepto mismo de lo que existe por instalar la incoherencia. Los niños y los jóvenes especialmente dotados para detectar cualquier incoherencia en su eterno «¿Porqué?», se sienten entonces incapaces de formarse conceptos estables de cuanto existe. Lo material, lo tangible, llama su atención con una evidencia inexplicable pero cierta, y la reacción materialista y existencialista es entonces lógica, pero al caer todos los valores espirituales primeras víctimas de la duda (Religión, teología, moral, amor, que quedan en la situación de utopías bellas, admirables pero irreales) el mismo mundo material acaba sin explicación profunda, el idealismo filosófico hace estragos y el joven concluye por dudar de la existencia no sólo de las cosas que ve y toca sino de sí mismo.

Mientras tanto, la sociedad que sigue empleando lo vertical como

simple fuente de emociones literarias o estéticas y decorativas, pero lo rechaza totalmente en lo cotidiano de la vida real, implanta una Ley de la Selva en la que cada cual procura tan sólo para sí mismo en cada instante presente. Y a eso se le llama ser realista.

Cuando las generaciones anteriores usan de esta ley de la selva en ciertos aspectos de la vida, cual lo son el ámbito de los negocios o la moral conyugal de los varones, no deben extrañarse luego de que las generaciones jóvenes, siempre más radicales, la extiendan a la totalidad de las relaciones humanas, relaciones con sus padres, con la Ley, con el Estado, la Sociedad, los maestros, etc. Y si los modernos estados, más o menos influidos por el modelo hegeliano que en sí mismo establece una perfecta Ley de la selva a favor del Estado, la propugnan a favor de sus propias estructuras, no puede haber extrañeza de que se generalice este salvajismo en impulsos anarquistas que por esta misma Ley de la selva pueden justificar subjetivamente cualquier acto por delictivo que sea. No serán los jóvenes los más lerdos en esta lógica.

Así, pues, es de lógica evidente que la ruptura y el desorden de las escalas de valores, con la caída de la fe, el abandono de la esperanza y la sinrazón de la caridad en un materialismo existencialista predominante, forman un cuadro de causas profundas por las cuales el joven acudirá a los suicidios y a la «contestación» de todas las delincuencias juveniles.

Mientras las naciones promuevan gobiernos que practiquen el maquiavelismo del «Pan y circenses»; mientras la corrupción de las administraciones públicas varias no sea enérgicamente reprimida; mientras los estados ataquen las familias y les substraigan la labor de formación de los jóvenes; mientras imperen teorías utilitaristas que pretendiendo obtener mayor productividad de la mujer la separen del hogar; mientras la responsabilidad de los súbditos sea anulada por destrucción sistemática de los cuerpos intermedios donde puede tener lugar; mientras se anulen las libertades concretas en aras de libertades abstractas; mientras sectores enteros de la población como el sector rural sean reducidos a disfrazada esclavitud para beneficiar por criterios económicos a determinados sectores industriales y ciudadanos; mientras los hombres de mando no admitan límites para el poder;

mientras se sigan violando las leyes naturales y divinas sin respeto alguno; mientras los medios de comunicación no renuncien a acudir a los más bajos recursos del sexo y el engaño para la atracción de las masas y mientras los grupos financieros no sientan escrúpulo moral alguno frente a los medios de corrupción; mientras el egoísmo de los casados busque su placer sin responsabilidades, con píldoras, abortos y disolución del matrimonio; mientras la prensa no respete intimidad alguna en su afán de sensacionalismo; mientras los artistas y escritores no vean que su arte no tiene razón en sí, sino dirigido a metas más altas; mientras los más obligados al testimonio ejemplar, es decir, los miembros del clero, no den mayor testimonio del amor gratuito y generoso que el de boquilla; mientras todas esas situaciones y tantas más no sean acometidas valientemente por todos los responsables de las naciones, es parche momentáneo y de efectos poco duraderos cuanto gubernativamente se haga para la represión de la delincuencia juvenil, con el agravante de que estas causas profundas formarán estratos cada vez más extensos de nuevas generaciones no sólo dispuestas a atacar a sus mayores sino a derribar toda la civilización occidental en bloque desde dentro, formando el núcleo de bárbaros internos que siempre ha existido en los momentos finales de las decadencias de todas las civilizaciones.

Una reflexión serena, extensa y profunda es imperiosamente necesaria. Urge popularizar una consciencia del peligro, un consenso de lo apremiante de remediarlo, una visión serena del abismo que nos amenaza, no por afán de producir simple temor, sino para mover las voluntades a los sacrificios que serán precisos para hallar solución.

Es preciso reimplantar la escala de valores más clarificada desde sus fundamentos que, como dice Proudhon, para la política tropiezan siempre con la teología, hasta las últimas consecuencias de lo social, si queremos sanar las causas profundas de esta enfermedad mortal cuyo síntoma externo es la delincuencia juvenil. Nadie se sienta ajeno al problema por cuanto todos somos solidarios en la responsabilidad de la quiebra de millones de vidas jóvenes que se truncan en flor, en las ilusiones perdidas y muertas en un espantoso suicidio colectivo al que estamos asistiendo sin darnos ni cuenta. Tarde o temprano uno de los nuestros, carne de nuestra carne, será la víctima y

lloraremos un complejo aterrador de culpabilidad que justamente nos incumbirá. Y si no lo hiciéramos con todas nuestras fuerzas, nuestros propios hijos abrazando las tendencias nihilistas que ya se han manifestado, cuando por ejemplo se ha visto en letras de molde que «hay que quemar el museo del Prado» o en la constante afirmación de que «todas las tradiciones son malas y alienantes», nuestros propios hijos producirán voluntariamente el mayor genocidio de la historia.

Que nadie piense que es imposible o que es demasiado tarde. Los niños siguen naciendo con unas inmensas ganas de vivir, de crecer, de construir y de alcanzar la felicidad. Los gobiernos y los estados tienen hoy en sus manos medios poderosísimos para apoyar una tarea como esta. La juventud en masa está esperando a quien le devuelva la esperanza en un porvenir, y en su más íntima fibra aborrece esta delincuencia y este desorden que abraza por desesperación. Toda la población del mundo, a pesar de su actitud «desabusée» y materialista, está esperando la ocasión de vivir otra vez la embriagadora experiencia de sacrificarse por unos ideales que valgan la pena. Toda una humanidad está hambrienta de fe y de virtud porque lo esencialmente bueno sigue siendo la imagen de la perfecta felicidad que se halla en Quien es Suma Perfección. Y, por otra parte, los grupos de hombres perversos que en el desarrollo de los vicios humanos buscan su propio provecho, han establecido las bases de propia derrota en la misma corrupción que han fomentado.

Quien una sola vez haya podido constatar la exaltación y la profundidad de la emoción que produce el ver renacer la luz de la esperanza en la pupila muerta de un joven; quien haya vivido un solo instante la maravillosa experiencia de una verdadera conversión; quien todavía sea capaz de despertar en su alma una ilusión hacia algo grande, algo que como la Esposa, el Hijo, el Padre, la Patria y, sobre todo, el Dios maravilloso e indecible que es el Dios Viviente; quien con o sin canas sea todavía verdaderamente joven, comprenderá lo que digo afirmando que siempre, hasta el momento mismo de la muerte, es tiempo de empezar, de remediar un error, de transformar toda una vida y todo un estado de cosas.

Yo aquí lo digo con la vibración más fuerte de todo mi ser ante los ojos de mis hijos que se abren todavía llenos de ilusión hacia el proyecto grande de una vida que valga la pena y que me hace des- echar todos mis errores pasados, pues estoy lleno de ellos. Y mi vo- luntad se tensa en un deseo inmenso que me impulsa a proseguir la aventura maravillosa de seguir luchando contra viento y marea en el descrédito y la impopularidad, porque mi Dios, mis hijos, mi patria, son algo grande y valen todos los sacrificios que me puedan pedir.

**BREVE SINTESIS DE MORAL SOCIAL, NATURAL
Y CRISTIANA**

FOR

MIGUEL IBÁÑEZ PEREZ

- I. DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA
- II. PRINCIPIO DE NO CONTRADICCION
- III. LIBERTAD, DIGNIDAD, RESPONSABILIDAD
- IV. PROPIEDAD PRIVADA Y BIEN COMUN
- V. CUERPOS INTERMEDIOS Y PRECEPTO MORAL DE SUB-
SIDIARIEDAD
- VI. EL ERROR MODERNO